

res nacionales. No guardar las inmunidades concedidas á los embajadores, era un acto salvaje entre aquellos pueblos, el cual era castigado con la mayor severidad; así los tlaxcalteca, al avisarlo á Cortés, le pidieron venganza, respondiéndoles el general: «no tuviesen pena, porque les prometía la venganza de ello, como en efecto lo hizo.»¹

Nada de esto encontramos confirmado por los testigos presenciales. Conforme á su autoridad, con los mensajeros tlaxcalteca vinieron dos ó tres personas de Cholollan, quienes dijeron estar enfermos los señores, razón por la cual no podían presentarse, viniendo ellos en su lugar á ver lo que querían. Los tlaxcalteca hicieron observar á Cortés ser aquella una burla, pues los enviados eran macehuales, muy inferiores en calidad á las personas encargadas de embajadas, por lo cual no debía admitirlos, sino exigir vienesen los señores en persona. Entonces Don Hernando dijo á los chololteca que ellos eran muy poco, y aun sus mismos señores, para traer embajada á tan alto príncipe como el rey de España; que dentro de tres días vinieran los principales á dar la obediencia y declararse vasallos de S. M., «con apercibimiento que pasado el término que les daba, si no viniesen, iría sobre ellos y los destruiría, y procedería contra ellos, como contra personas rebeldes, y que no se querían someter debajo del dominio de V. A.» Para

¹ Muñoz Camargo, M. S.—La copia Herrera, dec. II, lib. VI, cap. XVIII.

dar fuerza á la amenaza, les entregó un mandamiento firmado de su nombre, autorizado por escribano, «con «relación larga de la real persona de V. S. M. y de «mi venida, diciéndoles, cómo todas estas partes, y «otras muy mayores tierras y señoríos, eran de V. A., «y que los que quisiesen ser sus vasallos, serían honrados y favorecidos, y por el contrario, los que fuesen rebeldes, serían castigados conforme á justicia.»¹

Los mensajeros se tornaron á Cholollan. Reunidos los del consejo, letra muerta fué para ellos el exigente documento, aunque bien comprendieron las amenazas pronunciadas de viva voz: divididos los pareceres, sólo tres de los principales vinieron á Tlaxcalla. Dijeron no haberse presentado antes, porque los de la provincia eran sus enemigos y no creían venir seguros; los tlaxcalteca debían haber hablado mal contra ellos; que no les diera crédito, pues lo aseguraban por contrarios y no por pasar así; que se fuese á su ciudad y ahí conocería la falsedad de aquellos dichos; por último, se daban por vasallos del rey de Castilla. «E así lo asentó un escribano, por las lenguas que yo tenía: y todavía determiné de me ir con ellos assi por no mostrar flaqueza, como porque desde allí pensaba hacer mis negocios con Mutezuma, porque confina con su tierra, como ya he dicho, y allí usaban venir, y los de allí ir allá porque en el camino no tenían respuesta alguna.»² Conocida esta

¹ Cartas de Relac., págs. 62, 63.—Bernal Díaz, cap. LXXXI.

² Cortés, Cartas de Relac., pág. 63.—Bernal Díaz, cap. LXXXI, afirma

resolución por los tlaxcalteca, se opusieron de nuevo con todo empeño, insistiendo en las traiciones de méxica y chololteca; mas no pudiendo vencer el ánimo de Don Hernando, le ofrecieron ayudarle con las fuerzas de la república.

En efecto, reunieron hasta cien mil hombres curiosamente aderezados. De la parcialidad de Ocotelolco salieron nueve capitanes nobles con la enseña de la cabecera, que era un pájaro verde sobre un peñasco; pertenecientes á las otras divisiones, se formaron trece capitanías con sus estandartes, siendo el de Quiahuitlan un plumaje verde á manera de mosqueador; el de Tizatla, una garza blanca sobre un peñasco; el de Tepeticpac, un lobo sobre peñas con arco y flechas en la mano: todos los guerreros vestían vistosas armas é iban confiados en los castellanos para destruir á sus enemigos.¹

Parece, lo mejor averiguado, que los castellanos permanecieron veinte días en Tlaxcalla; en este concepto, el ejército salió de la ciudad el trece de Octubre. Marchando á punto de guerra como si fuera en país enemigo, «dormí en un arroyo que allí estaba á «las dos leguas, por despedir la gente, porque no hicie-
«sen algún escándalo en la ciudad, y también porque

que los señores de Cholollan se mandaron excusar con que los de Tlaxcalla eran sus enemigos, y teniéndose la excusa por justa, se determinó pasar á la ciudad.

¹ Cartas de Relac., pág. 64.—Muñoz Camargo, M. S.—Ixtlixóchitl, Hist. Chichim., cap. 84, M. S.—Herrera, Dec. II, lib. VI, cap. XVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXVIII.

«era ya tarde, y no quise entrar en la ciudad sobre «tarde.»¹ Hicieron allí los aliados algunas chozas de ramas para pernoctar; se presentaron ciertos mensajeros chololteca á dar á Cortés la bienvenida, trayendo bastimentos de gallinas y pan de maíz, ofreciendo que los de la señoría se presentarían al siguiente día; rogáronle también no consintiese á los de Tlaxcalla les hiciesen daño en sus tierras ni personas. Agradeció la visita el general, y siguiendo las indicaciones hechas, despidió la mayor parte de los guerreros de la república, quedándose con sólo unos cinco ó seis mil.

¹ Cartas de Relac., pág. 64.—Según Bernal Díaz, cap. LXXXII, durmieron aquella noche junto á «un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente de piedra.» El arroyo de Cortés, río de Bernal Díaz, es el Atoyac, indispensable de pasar para ir de Tlaxcalla á Cholollan; la puente á que el soldado cronista se refiere, es la construída de piedra poco después de fundada la ciudad de Puebla, y que, reedificada, se conoce hoy por Puente de México.